

ANTONIO MACHADO Y FRANCIA

BERNARD SESÉ
Universidad de París X

«Tengo un gran amor a España y una idea de España completamente negativa. Todo lo español me encanta y me indigna al mismo tiempo».

Estos sentimientos que manifiesta Antonio Machado hacia España, en una nota biográfica de primeros de 1913, tienen la misma ambigüedad que los sentimientos que experimenta hacia Francia.

Francia, en el espíritu y en la vida de Antonio Machado, siempre parece estar marcada por el sello de la ambivalencia.

«Tengo una gran aversión a todo lo francés, con excepción de algunos formadores del ideal francés, según Brunetière —escribe Machado en el mismo texto. Recibí alguna influencia de los simbolistas franceses, pero ya hace tiempo que reacciono contra ella».¹

En 1913, respecto a Francia, Antonio Machado quema lo que había adorado.

Antonio Machado es ciertamente un poeta y un escritor profundamente arraigado en su patria. Más exactamente, en las dos patrias de su alma, Andalucía y Castilla, que componen la tierra, el terruño, el suelo donde echa raíces. Ni Cataluña ni Levante, donde lo llevó el destino, son su verdadera patria. Y menos aún contrariamente a la afirmación errónea de Rubén Darío, se puede considerar a Antonio Machado como un escritor cosmopolita, aunque su conciencia se inscriba en un horizonte cultural universal.

Pues bien, a pesar de todo esto, se puede decir que hay un lazo invisible que une a Machado con Francia. Ni andaluz-andalucista, ni castellano-castellanista,

1. *Bibliografía*, PC II, p. 1.524 (todas las referencias a obras de Antonio Machado con la indicación PC remiten a I —*Poesías completas*— y II —*Prosas completas*—, Edición, crítica de Oreste Macrí con la colaboración de Gaetano Chiappini, Madrid, Espasa-Calpe/Fundación Antonio Machado, 1988.

puesto que rechaza todo regionalismo que vaya en menoscabo del nacionalismo.² Machado es, a todas luces, un escritor español. Pero, por muy español que sea, se puede decir que sin Francia, sin ese lazo íntimo o espiritual que lo liga a Francia, Antonio Machado no hubiera sido el mismo.

I. LOS VIAJES

Como es sabido, Antonio Machado estuvo tres veces en París: en 1899, en 1902 y en 1911. En la capital de Francia permaneció, en total, unos 20 meses.

Pasaré por alto la evocación detallada de estas estancias en el *Paris de la belle époque*, que tuvieron, sin embargo, tanta influencia en un joven intelectual español tan impresionado por *el año del Desastre de 1898*.

Si tuviera que recordar las consecuencias más importantes de estas estancias en París, además de la asimilación de la lengua y la literatura francesa contemporánea, además del encuentro con Rubén Darío, en 1902, destacaría tres puntos:

En primer lugar la toma de conciencia de lo que fue *l’Affaire Dreyfus*, que puso a Francia casi al borde de la guerra civil. En año 1899 fue el de *la Revisión del proceso* de Dreyfus.

En segundo lugar la asistencia a los cursos de Bergson, prolongando la lectura de sus libros —conferencias en el *Collège de France* de las que queda un reflejo vivo en una página de *los Complementarios*.³

En tercer lugar la tragedia de la enfermedad de Leonor, ocurrida en un país extranjero, donde el joven matrimonio no encontró, al parecer, de parte de los franceses, ni la ayuda moral, ni la ayuda material que se podía esperar. Varias alusiones, muy discretas pero claras, manifiestan la huella imborrable de amargura, o de rencor, que el trato recibido por parte de los franceses dejó en el espíritu del profesor de francés que era en aquel entonces, Antonio Machado.

Ya en una carta del 9 de julio de 1912 a José Ortega y Gasset (tres semanas antes de la muerte de Leonor), expresaba esta «...pasión hostil, algo africano, de antipatía hacia Francia, exacerbada por mi residencia en París durante algunos meses...».⁴

2. «*El regionalismo de Juan de Mairena*. De aquellos que se dicen ser gallegos catalanes, vascos, extremeños, castellanos, etc., antes que españoles, desconfiad siempre. Suelen ser españoles incompletos, insuficientes, de quienes nada grande puede esperarse». PC II, p. 2.335.

3. «Durante el curso de 1910 a 1911 asistí a las lecciones de Henri Bergson. El aula donde daba sus clases era la mayor del Colegio de Francia y estaba siempre rebosante de oyentes. Bergson es un hombre frío, de ojos muy vivos. Su cráneo es muy bello. Su palabra es perfecta, pero no añade nada a su obra escrita. Entre los oyentes hay muchas mujeres». PC II, p. 1.159.

4. PC II, p. 1.509.

II. OBRA POÉTICA

En toda la obra poética de Antonio Machado, no aparece ni un sólo paisaje francés, ni un nombre de río, ni un sólo monte de Francia. Este poeta, cuyos poemas están salpicados de tantos topónimos, no cita un sólo topónimo francés. La Francia de Antonio Machado no tiene rostro. El escritor que declaraba, en 1938, «La geografía, las tradiciones, las costumbres de las poblaciones por donde paso, me impresionan profundamente y dejan huella en mi espíritu»,⁵ atravesó Francia como un viajero ciego.

La única evocación del paisaje francés que hace Antonio Machado figura en la entrevista con Illya Ehrenburg, en abril de 1937, en una oposición significativa con el paisaje español (los dos interlocutores se expresaban en francés).⁶

«El paisaje francés es suave. Dios lo pintó ya maduro, quizá en su vejez: todo ha sido meditado, todo refleja el sentido de las proporciones; un poco más, un poco menos, y todo se vendría abajo. Pero a España Dios la pintó cuando era todavía joven, sin pararse a pensar mucho en las pinceladas, sin saber siquiera a ciencia cierta cuántas rocas iba amontonando unas sobre otras». ⁷

Este paisaje francés tan suave, tan medido, tan equilibrado no inspiró ni un verso al pintor de paisajes de *Campos de Castilla*.

Y aunque resulte curioso, e incluso paradójico, toda la obra de Machado —en verso o en prosa— está jaspeada de alusiones a Francia.

Estas alusiones son a veces explícitas, como este epígrafe del poema XCII de *Soledades, galerías y otros poemas*:

Tournez, tournez, chevaux de bois

cita inexacta de un verso de Verlaine en *Romances sans paroles*.

Hallamos una nueva influencia de Verlaine en otro poema de las *Soledades*...: el poema VI, que evoca un diálogo con una fuente en un parque de muros cubiertos de hiedra negra y polvorienta... Se ha señalado su analogía con uno de los *Poemas saturnianos* de Verlaine, titulado *Après trois ans*; este poema, es buena muestra del estado de ánimo propio de esta época, y de la melodía sutil de Verlaine:

APRÈS TROIS ANS

Ayant poussé la porte étroite que chancelle,
Je me suis promené dans le petit jardin
Qu'éclairait doucement le soleil du matin,
Pailletant chaque fleur d'une humide étincelle.

5. PC II, p. 2.278.

6. PC II, p. 2.480.

7. PC II, p. 2521.

Rien n'a changé. J'ai tout revu: l'humble tonnelle
De vigne folle avec les chaises de rotin...
Le jet d'eau fait toujours son murmure argentin
Et le vieux tremble sa plainte sempiternelle.

Les roses comme avant palpitent; comme avant
Les grands lys orgueilleux se balancent au vent.
Chaque alouette qui va et vient m'est connue.

Même j'ai retrouvé debout la Velléda
Dont le plâtre s'écaille au bout de l'avenue,
—Grêle, parmi l'odeur fade du réséda.

Se hallan ecos de Verlaine en otros poemas de *Soledades*... Geoffroy Ribbans recuerda que Verlaine era el poeta francés que tuvo mayor influencia en la España de principios de siglo. «Fue —dice— el gran maestro del modernismo, admirado e imitado sin cesar por los nuevos poetas». Su influencia en Manuel Machado, Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado es diferente; en Antonio se manifiesta, especialmente —según Geoffrey Ribbans— por «una predilección por ciertos temas: los jardines sombríos, la melancolía otoñal y, sobre todo, el ocaso o la puesta de sol transformada en un paisaje emocional, subjetivo, del alma».⁸

No insistiremos en otras resonancias francesas que se pueden captar en este primer libro de *Soledades*, *galerías y otros poemas*. Antonio Machado fue un lector atento de Baudelaire, Albert Samain, Mallarmé, Rémy de Gourmont... En su libro *Antonio Machado, poeta simbolista* (1973), J. M. Aguirre señala aún otras muchas resonancias francesas en Machado: de Victor Hugo, Henri de Régnier, José María de Heredia, Rimbaud, etc... En realidad, toda la poesía española de principios de siglo está bajo la influencia francesa. Y esta influencia impera a Machado de forma evidente.⁹

La presencia de Francia es más aparente en *Campos de Castilla* (1912 y 1917).

El célebre Retrato (XCVII) que abre el libro, y que parece haber sido redactado en 1906, contiene dos alusiones precisas que relacionan al poeta con una influencia francesa. El principio de la tercera estrofa afirma: «Hay en mis venas gotas de sangre jacobina...», aludiendo, como recuerda Oreste Macrí, a la tradición democrática de su padre, Antonio Machado Álvarez (Demófilo), y de su abuelo, Antonio Machado Núñez.¹⁰ Republicano ardiente e intransigente: éste es el significado actual del término «jacobino», pero con una connotación de

8. GEOFFREY RIBBANS, *Prólogo*, a Antonio Machado, *Soledades. Galerías. Otros poemas*, Barcelona, ed. Labor, 1975, pp. 21-22.

9. J. M. AGUIRRE, *Antonio Machado, poeta simbolista*, Madrid, Taurus, 1973.

10. ORESTE MACRÍ, *PC I*, p. 878.

pasión revolucionaria como la que tuvo precisamente el Club de los Jacobinos, al que pertenecían La Fayette, Barnave, Mirabeau, Sieyès, Robespierre —que fue el alma de la Revolución Francesa. Esta sugerencia de ardor intransigente y despiadado inspira la restricción del verso siguiente: «pero mi verso brota de manantial sereno».

A partir de la estrofa siguiente, la relación con Francia se aleja de la perspectiva política o ideológica para entrar en una perspectiva estética:

Adoro la hermosura, y en la moderna estética
corté las viejas rosas del huerto de Ronsard...

Recordemos que la figura de Ronsard, se había eclipsado durante mucho tiempo tras las críticas acerbas de Malherbe. Rehabilitado por los románticos y por Sainte-Beuve, fue sobre todo el poeta de *Les Amours de Cassandre* (1552), de *Les Amours de Marie* (1555), de *Les Amours d'Hélène* (1578), más que el poeta de los *Hymnes* (1555-1556) o de *La Franciade* (1574) el que inspiró a Rubén Darío, entre otras cosas, *la moderna estética*, la estética modernista a la que alude aquí Machado.

El poema titulado *Al maestro Rubén Darío* (CXLVII), fechado en 1904, cita expresamente a los dos poetas con los que Machado se había familiarizado, siguiendo al maestro:

Este noble poeta, que ha escuchado
los ecos de la tarde y los violines
del otoño en Verlaine, y que ha cortado
las rosas de Ronsard en los jardines
de Francia, hoy, peregrino
de un Ultramar de Sol, nos trae el oro
de su verbo divino...

En toda su obra poética, Machado sólo cita una vez un nombre de ciudad francesa, el de la capital de Francia y, de manera más bien negativa. Es en el poema *El mañana efímero* (de 1913), donde denuncia «la España de charanga y pandereta / cerrado y sacristía», personificándola en un joven calavera al que acusa de dos defectos, refiriéndose dos veces a Francia —que recibe también, de rebote, el dardo acerado, incluso virulento, destinado a «esa España inferior» que tanto desagrada al poeta:

El vano ayer engendrará un mañana
vacío y ¡por ventura pasajero.
Será un joven lechuzo y tarambana,
un sayón con hechuras de bolero,
la moda de Francia realista,
un poco al uso del París pagano...

(en la primera versión, *royalista* en vez de *realista*)

En su larga composición *Poema de un día. Meditaciones rurales* de 1913, Machado evoca con ritmo saltarín, de manera irónica o sarcástica, sus ocupaciones diarias. De pronto abre un libro de Unamuno, le declara su devoción de fiel adepto, lo interpela y lo hace cómplice suyo con respecto a un libro de Bergson que descubre en su mesa. Y culmina entonces, en unos versos irreverentes, lo que José María Valverde ha llamado «la rebelión contra Bergson»¹¹ que se venía manifestando desde hacía un tiempo:

Enrique Bergson: *Los datos
inmediatos
de la conciencia.* ¿Esto es
otro embeleco francés?
Este Bergson es un tuno;
¿verdad, maestro Unamuno?
.....

(«...rebelión contra Bergson» o «bergsonismo unamunizado» como dice Oreste Macrí...)

Manifiestamente, Antonio Machado atraviesa una fase antifrancesa bastante marcada.

Durante la Primera Guerra Mundial, España, que permanece neutral, se divide en «aliadófilos» y «germanófilos».

Unamuno, toma partido por Francia y por Inglaterra; inmediatamente, es destituido del cargo de rector que ocupaba desde hacía más de trece años en la Universidad de Salamanca.

En el poema titulado *España, en paz* (CXLV), Antonio Machado piensa en la guerra desde su «rincón moruno» y denuncia sus horrores: «Es bárbara la guerra y torpe y regresiva...», e intenta justificar, no sin cierto embarazo, la actitud de España. Aunque aliadófilo de corazón, no deja de manifestar cierto rencor contra los franceses, que designa con los términos «galos» y «gabachos». Este rencor, se adivina en esta caracterización del francés:

Un César ha ordenado las tropas de Germania
contra el francés avaro y el triste moscovita.

«El francés avaro...» Podemos suponer que esta caracterización de los rasgos típicos de las diferentes naciones no es un simple capricho, sino que corresponde a un gusto de la época por las tipologías psicológicas nacionales, como puede verse en el célebre estudio de Salvador de Madariaga: *Ingleses, franceses, españoles* (1928).

11. JOSÉ MARÍA VALVERDE, *Antonio Machado*, Madrid, Siglo veintiuno, 1975, p. 115.

El poema *España, en paz* de Machado tiene fecha exacta: «Baeza, 10 de noviembre de 1914». Un mes y medio más tarde, el 31 de diciembre de 1914, también desde Baeza, Machado escribe una larga carta a Unamuno.¹² Le expresa su indignación por su destitución como rector. También habla de la actitud de España ante el conflicto de las naciones: «En efecto, nuestra actitud no es muy digna. Acaso deberíamos ayudar a nuestros hermanos, olvidando el poco amor que éstos nos profesan». Esta última frase es muy reveladora... Dedicó después todo un párrafo al examen de la situación política de Francia, que termina así: «...no veo muy claro el triunfo francés, aunque me inclino a sospecharlo». Pero el aspecto más interesante de este párrafo es que manifiesta claramente la razón capital de la ambivalencia que Machado parece haber demostrado siempre hacia Francia: es que, en realidad, Francia tiene para él dos caras: se identifica con una de ellas («Hay en mis venas gotas de sangre jacobina») en la misma medida en que aborrece la otra.

Hasta el final de su vida, Machado seguirá amando u odiando a esta Francia de doble cara. O, mejor dicho, amándola y odiándola a la vez: y ésta es la clave de toda ambivalencia.

Dos semanas más tarde, el 16 de enero de 1915, desde Baeza, Machado escribe otra carta a Unamuno.¹³ En un largo párrafo, expresa sus sentimientos hacia Francia: «Yo también, en el fondo, acaso sea francófilo. Mi antipatía a Francia se ha moderado mucho con eso que usted llama estallido de barbarie de las derechas, y además fui siempre (*aquí falta algo en el original*) por la Francia reaccionaria y, sobre todo, farsante, Francia que, triunfadora, nos había de agobiar con la divinidad de Racine, cosa más lamentable que la guerra misma.

La otra Francia es de mi familia y aún de mi casa, es la de mi padre y de mi abuelo y mi bisabuelo; que todos pasaron la frontera y amaron la Francia de la libertad y el laicismo, la Francia religiosa del *affaire* y de la separación de Roma, en nuestros días. Y ésa será la que triunfe, si triunfa, de Alemania.

La otra, vestida de pavo real, hubiera sido hace años barrida del mapa por el empuje teutónico. Lástima que tan noble espíritu como Azorín se deje engatusar por esos agentes de l'*Action française*».

Más aún que la adhesión, por decirlo así, entrañable a la Francia de la libertad o del laicismo..., lo que impresiona aquí es la violencia con la que Machado ataca a la Francia reaccionaria, y más aún su sarcasmo («farsante», «la divinidad de Racine», «vestida de pavo real», «barrida del mapa», «engatusar»...) al ridiculizar a la Francia que aborrece.

Se puede decir que no hay una sola obra publicada de Antonio Machado que no contenga varias alusiones a Francia. Esto vale también, incluso más,

12. PC II, p. 1.557.

13. PC II, p. 1.572.

para la obra no destinada a publicarse; su correspondencia, sobre todo con Unamuno, y hasta con Pilar de Valderrama, o el cuaderno titulado *Los Complementarios*.

Nuevas Canciones no es una excepción a la regla.

En el poema titulado *En la fiesta de Grandmontagne*, de 1921, Machado inserta un alejandrino francés perfecto, que produce un efecto de contextualidad francesa:

.....
... por Grandmontagne alcemos la copa. Al suelo indiano,
ungido de las letras embajador hispano,
«ayant pour tout laquais votre ombre seulement»
os vais, buen caballero... Que Dios os dé su mano,
que el mar y el cielo os sean propicios, capitán.

Se ha buscado insistentemente el origen de este verso. ¿Lo tomó de Molière, de Musset, de Edmond Rostand? ¿De algún otro? No lo sabía nadie... Oreste Macrí pensó que se trataba de un verso inventado por Machado inspirándose en un verso de Ronsard, del poema *Sur la mort de Marie*:

N'ayant que votre nom pour confort seulement

Luego Mario Socrate ha descubierto que era un verso de una fábula de La Fontaine.¹⁴

Recuerdo que Rubén Darío, de quien seguramente Machado toma aquí ejemplo, inserta, muchas veces, versos en francés en sus poesías.

Esta presencia de Francia en el pensamiento del profesor de francés que era Antonio Machado no puede sorprendernos. Prueba bastante elocuente son también los tres sonetos «Glosando a Ronsard y otras rimas» (CLXIV), de *Nuevas Canciones*.

De un cancionero apócrifo, cuyos textos en verso o en prosa se van incluyendo sucesivamente en las *Poesías completas* a partir de 1928, contiene menos alusiones a Francia que las otras obras poéticas.

En él encontramos, en francés, una expresión bergsoniana que parece gustar especialmente a Machado: *piétinement sur place*. Sólo destacaré, en medio de los ataques a Juan de Mairena contra la estética barroca, una alusión de Mallarmé, designado simplemente con la expresión «negro catedrático». Esta expresión revela hasta qué punto era ajeno Machado al ideal artístico del au-

14. PC I, p. 958. El verso, con una ligera modificación, proviene de la fábula 19, *Livre VIII*, «...Que sert à vos pareils de lire incessamment? / Ils sont toujours logés à la troisième chambre, / Vêtus au mois de juin comme au mois de décembre, / Ayant pour tout laquais leur ombre seulement», *L'Avantage de la Science*, v. 16-19.

tor de *L'Après-Midi d'un faune*, que declaraba, por ejemplo: «La obra pura implica la desaparición elocutoria del poeta, que cede la iniciativa a las palabras». O también: «...en el mundo, todo existe para ir a parar a un libro». Nada más opuesto a Machado que este ideal del fundador de la poesía pura y, de manera más amplia, de la poesía moderna, que fue tan admirado, sin embargo, en sus comienzos, por Verlaine —de quien estuvo tan cerca Machado—, y cuyo mejor discípulo no es sino Valéry —de quien, precisamente, Machado está tan lejos.

III. EL AÑO 1913

Volvamos la vista atrás. En 1913, Antonio Machado publica un extenso comentario sobre un libro de Unamuno titulado *Contra esto y aquello*.

En este texto, como arrebatado por la pasión y la vehemencia de Unamuno, Machado expresa hacia Francia sus más violentos sentimientos de amor o de odio.

La Francia de 1913 está en plena crisis. De 1909 a 1914, hay una gran inestabilidad ministerial. Se suceden diez ministros en cinco años (Briand, Caillaux y Poincaré son sus principales dirigentes). Sin embargo, en el momento en que va a estallar la crisis internacional, no hay ningún problema grave que amenace la estabilidad política del país.

Las condenas que hace el papa Pío X del *modernismo* han dividido profundamente a los católicos. Siguiendo a Unamuno, Machado ataca violentamente a los que llama «neocatólicos», adeptos de la intransigencia conservadora del Vaticano: «Simpatizo con la aversión que profesa Unamuno, más que al jacobinismo anarquizante, falto de toda espiritualidad, al no menos lamentable *conservadurismo* de esos neocatólicos franceses que pretenden representar hoy —o hace unos días— la *élite* de la intelectualidad francesa. Me repugnan esos católicos volterrianos y nacionalistas que defienden el catolicismo porque va ligado a las grandes figuras de la literatura francesa, y, sobre todo, porque el protestantismo les parece germánico».

Machado desata su furia contra este «flamante grupo de neocatólicos» que, a sus ojos, falsean los valores patrióticos y religiosos: «...Este grupo es numeroso, complejo y vario —ciertamente—, tiene precedentes muy antiguos, y sin remontarnos más allá de Brunetière —el definidor del ideal francés—, podríamos citar muchos nombres —Bourget, Coppée, Lemaître, Barrès, Maurras, Pujol, Laserre, Gaultier, Francis James, Leroy y peste más...»

El antagonismo franco-alemán, también es evocado por Machado cuando habla, de manera poco amena, «de la Francia actual, etnicamente decaída y amenazada por un enemigo abrumador y fronterizo».

Machado vuelve a seguir fielmente a Unamuno cuando describe, en un tono de violencia inusual en él, el carácter o el espíritu francés.

«Creo que Unamuno ha visto claro, en cuanto a Francia se refiere, al señalar en ese grupo de neo-católicos nacionalistas el culto de los franceses a la razón, entendida —¡claro está!— a la francesa y en su odio a la pasión (...)

Este pueblo (Francia) tan razonador, tan ahito de bon sens, ¿no es el mismo que rinde ese culto bestial y desenfrenado a la sensualidad?, ¿no es el mismo que parece haber erigido en suprema finalidad humana el goce de los placeres venéreos? (...)

Es evidente que la Francia actual literaria y filosófica se caracteriza por una carencia absoluta de originalidad, por una tendencia mezquinamente reaccionaria y por una farsantería que sería cómica si no estuviese mezclada con terrores de Apocalipsis. Los que hemos vivido en Francia algún tiempo en estos últimos años sabemos que este gran pueblo espiritualmente agotado no tiene hoy otra fuerza de cohesión que el miedo».

El pasaje siguiente, aún más violento, casi furibundo, incluye sin embargo un comentario más positivo que vamos a destacar para comprender que, a pesar de todo, aún hay algo que a Machado le puede gustar en este reino de la anarquía y la pornografía:

«¿Qué absurda ceguera nos lleva a imitar todo lo francés? ¡Oh, si los Pirineos se convirtiesen en el Himalaya! ¿Negaremos por esto que a Francia debemos las tres cuartas partes de nuestra cultura en los dos siglos pasados? De ningún modo. No es menos cierto que hoy recibimos de Francia solamente productos de desasimilación, toda clase de géneros averiados y putrefactos: sensualismo, anarquismo, pornografía, decadencia y pedantería aristocrática».

El aspecto positivo de Francia lo descubre Machado, siguiendo a Unamuno, en la tradición del protestantismo francés —Calvino, Coligny, Guizot—, o en la de ciertas mentes preclaras —Montaigne, Pascal, Flaubert, Renan...

Ambivalencia. Volvemos de nuevo al polo positivo que, para Machado, está asociado siempre con el recuerdo del *affaire Dreyfus*, que evoca constantemente como uno de los grandes símbolos de la conciencia universal:

«Se juzga torpemente, digo, a la Francia del *affaire* porque allá se planteó al fin, contra izquierdas y derechas, la cuestión central en la conciencia de unos cuantos hombres honrados, y por esto mereció Francia la admiración del mundo...»

(La última frase de este párrafo añade un eco personal muy revelador e interesante):

«...Pero también allí el chauvinismo rabioso de aquellos días acusaba de intrusos a los extranjeros, negándonos el derecho a opinar en asunto que se pretendía privativo de Francia».

Esta última frase, que da mucho que pensar, revela sin duda alguna, de ma-

nera discreta pero clara, una de las razones profundas de un posible rencor personal.

Admiración, amor, reconocimiento por una parte; desprecio, hostilidad, ironía sarcástica, por otra: estos sentimientos contrarios, tan claramente marcados en este artículo de 1913, no quedarán desmentidos nunca, ni antes ni después de esta fecha, en toda la obra de Antonio Machado.

IV. JUAN DE MAIRENA

Entre las múltiples alusiones a la cultura universal en el *Juan de Mairena* de 1936, Francia está presente de manera constante.

A veces, una palabra, una expresión, o toda una frase en francés adornan las conversaciones, sin orden ni concierto, de Juan de Mairena con sus discípulos: *L'individualité enveloppe l'infini* (frase de Leibniz); *Nous n'en voyons pas la nécessité*, frase de Voltaire. La expresión «enfant du siècle» recuerda la novela autobiográfica de Musset, *La confession d'un enfant du siècle* (1836), aún encontramos estas palabras en francés: *Voilà une vraie fin de siècle*; *El truco o tour de passe passe*, etc...

Una alusión implícita a *L'évolution créatrice* (1907) prueba que, a pesar de su «rebelión contra Bergson» en los años veinte, la influencia de este filósofo en Machado sigue viva. En otro lugar evoca *el triunfo y boga de la obra de Bergson*, recordando especialmente el Premio Nobel concedido al filósofo francés en 1927.

Más que los filósofos, en esta época —años de 1934-35— a Machado parecen interesarle los escritores franceses.

Cita, o comenta, a La Fontaine y Victor Hugo. Parece olvidarse ahora de Ronsard y Verlaine. En *Juan de Mairena* se evocan sobre todo dos grupos de escritores franceses.

Por una parte, los filósofos del siglo XVIII: Jean-Jacques Rousseau, Diderot, Voltaire, d'Alembert. Por otra, los poetas o los novelistas del siglo XIX, especialmente Lamartine, Musset, Balzac y Stendhal.

Aunque lee y conoce bien a todos estos escritores, Machado tiene predilección por Marcel Proust (1871-192). En el *Diario de Madrid* del 5 de marzo de 1935, evoca «...el documento póstumo más interesante del ochocientos, la novela de Marcel Proust, *A la recherche du temps perdu*, donde aparece, acaso por última vez *l'enfant du siècle* pocho y destefido (...) '*Voilà enfin* —hubiera dicho Mairena— *une vraie fin de siècle*'».

Unos años antes, en su proyecto de discurso de ingreso en la Academia, Machado dedica un extenso pasaje a la obra de Marcel Proust.

El final de este elogioso pasaje parece marcado, sin embargo, por un rasgo

de malicia donde quizá volvamos a hallar el reflejo de su ambivalencia para con Francia:

«Proust es el autor de un monumento literario que es, a su vez, un punto final; Proust acaba literalmente un siglo y se aleja de nosotros luciendo, como los gentileshombres palatinos, una llave dorada en el trasero».

Este «brillo dorado» es, sobre todo, el último fulgor del solipsismo o del subjetivismo que, desde hacía varios años, Machado había decidido rechazar para siempre.

V. LOS COMPLEMENTARIOS

En el cuaderno de borrador titulado *Los Complementarios* (1912-1925) figuran muchos textos copiados de autores franceses. Sólo destacaré dos ejemplos que muestran otra vez la ambivalencia de Machado hacia Francia.

En 1924, Antonio Machado se toma el trabajo de copiar en casi quince páginas varios fragmentos del poema de Alexandre Block (1880-1921) titulado *Les Douze*. Machado copia su traducción francesa, publicada en París en 1923. Este célebre poema de A. Block, publicado en 1918 e inspirado por la revolución rusa, cuenta la epopeya de doce guardias rojos, a imagen de los doce apóstoles. El poema, lleno de ruidos, de música, de canciones populares, de imágenes violentas, de fórmulas iconoclastas, anuncia la caída del viejo universo. Tras una evocación de la revolución llena de violencias y de obscenidades, el poema se cierra con la partida de los doce guardias rojos precedidos por Jesucristo.

Lo más interesante, en lo que se refiere a nuestro tema, es la nota que Machado pone a pie de página después de haber copiado el poema:

«Como se verá, este canto es de una grosería y de una estupidez inauditas. En verdad, no creo que sea ruso, sino francés». Según el manuscrito, escribe esto el 12 de junio de 1924.

Pero no me gustaría terminar el examen de este cuaderno con este punto negativo de la ambivalencia de Machado. También aparecen constantes oscilaciones en el otro sentido como, por ejemplo, en una nota al margen que acompaña una antología de Fray Luis de León copiada por Machado en 1922. Frente a unos versos de Fray Luis, escribe sencillamente: «Un Fray Luis ronsardiano», y podemos tomarlo por un elogio, ya que se trata de algunos versos de la *Exposición del libro de Job*, luego, en este caso, de una traducción hecha por Fray Luis.

VI. LA GUERRA CIVIL

El 18 de julio de 1936: por la mañana, en Santa Cruz de Tenerife, el General Franco hace una proclamación cuyas últimas palabras tienen un eco francés:

«Libertad, Fraternidad, Igualdad». En realidad, la sublevación militar contra la República desencadena en España una guerra civil que nadie había previsto. «Las grandes maniobras sangrientas del mundo habían empezado» escribe André Malraux en *l'Espoir* (1937).

Es conocido el compromiso total de Machado al servicio «del Estado español, popular, democrático y republicano» según sus propias palabras.¹⁵

En los escritos de guerra de Machado, Francia está presente sin cesar. Está presente de tres maneras: en primer lugar, por alusiones divesas desperdigadas, citas, palabras en francés, o juicios como éste: «Descartes, el mayor padre de la filosofía moderna...» (marzo de 1937); «...la cínica personalidad del cínico Juan Jacobo Rousseau», etc...

En octubre de 1938, Machado ataca violentamente al *Comité de no intervención* propuesto, como es sabido, por Francia e Inglaterra en agosto de 1936. Las grandes potencias se comprometen a no intervenir en la guerra de España. Italia, Alemania y la Unión Soviética intervendrán, a pesar de todo.

Aludiendo a este Comité, Machado lo llama «el Huerto del Francés».

Esta expresión que, además Antonio Machado, empleó dos o tres veces, alude al asesinato de seis personas cometido por un tal Juan Aldije, con ayuda de un cómplice en un pueblo de la provincia de Córdoba, entre 1898 y 1904. Las víctimas fueron enterradas en el llamado *Huerto del Francés* porque Aldije era un francés originario de Agen.

Por consiguiente, las connotaciones remiten a Francia. Pero Machado añade, de forma aún más sarcástica: «Cuando llamamos *Huerto del Francés* al *Comité de no intervención*, no pretendemos ensombrecer la memoria de Aldije, porque no es en él, precisamente, en quien pensamos».

Este resentimiento contra Francia, y más exactamente, en este caso, contra los gobiernos de León Blum y Daladier —y también contra el ministerio de Neville Chamberlain en Inglaterra— vuelve a aparecer, como un *leitmotiv* obsesivo, en todos sus escritos de la guerra civil.

Este resentimiento y estas denuncias sobre la actitud francesa era el segundo punto que quería recordar.

Pero también hay un tercer punto importante. Machado, efectivamente, se esfuerza en responsabilizar de esta política de no intervención y, en realidad, de egoísmo político y económico, al espíritu conservador de las fuerzas políticas de derechas, que siempre han aborrecido, y no al pueblo francés.

Así puede continuar proclamando su adhesión a «la Francia democrática, la de la gran Revolución y del *affaire Dreyfus*» (según sus propias palabras)¹⁶ a la que se mantuvo siempre profundamente ligado.

En un artículo publicado en *La Vanguardia* el 19 de julio de 1938, Machado

15. PC II, p. 2.171.

16. PC II, p. 2.485.

denuncia, violenta y lúcidamente, la hipocresía de la política no intervencionista. Insta vehemente a la intervención, dirigiéndose especialmente a Francia:

«Señores franceses, amigos muy queridos de Francia, personas bien nacidas más allá y más acá de nuestras fronteras. ¿Será más fuerte que todos nosotros la ola de cinismo que invade el mundo? (...) Llegó la hora de intervenir en España...»¹⁷

Como se sabe, de los «señores franceses» así interpelados patéticamente, sólo respondieron los que tuvieron el valor de alistarse en las *Brigadas internacionales*.¹⁸

Antes de concluir quisiera hacer una breve observación: «...por que los franceses», «...la francesada», «...franchute», «...gabacho»: estas expresiones del lenguaje popular manifiestan, en la mentalidad colectiva española, una veta antifrancesa que reaparece de manera evidente en Antonio Machado, pero que es también una corriente de larga tradición, la cual, desde luego, no ha muerto hoy en día.

Una de sus manifestaciones más curiosas es el libelo anónimo, publicado en Madrid, en 1980, titulado *Contra los franceses*, del cual voy a leer sólo el subtítulo que dice así: *Sobre la nefasta influencia que la cultura francesa ha ejercido en los países que le son vecinos, y especialmente en España*.¹⁹

En este folleto se encuentran muchas observaciones y muchos juicios que coinciden con los de Antonio Machado.

CONCLUSIÓN

Antonio Machado y Francia. Me hubiese gustado abarcar otros aspectos de este tema, evocando, sobre todo, al Antonio Machado profesor de francés, o traductor del francés.

También sería necesario evocar la fortuna de la obra y del pensamiento de Machado en Francia. Junto a cierto número de grandes personajes (Jean Cassou, Mathilde Pomès, Marcel Bataillon, Jean Sarrailh, Louis Aragon, Pierre Emmanuel, Emmanuel Roblès, etc.), la universidad francesa ha sido especialmente fiel a Machado. También habría que recordar el papel de la Fundación Antonio Machado de Collioure, fundada en 1977 por Monique Alonso, Manuel Valiente y Antonio Gardó.²⁰

17. *En el 19 de julio de 1938*, en MONIQUE ALONSO. Con la colaboración de ANTONIO TELLO, *Antonio Machado, Poeta en el exilio*, Barcelona, Anthropos, 1985, p. 355.

18. Véase el agradecimiento de Antonio Machado *A los voluntarios extranjeros*, PC II, p. 2.298.

19. *Contra los Franceses*, Madrid, ed. Turner, marzo 1980, Segunda edición: mayo 1980.

20. Véase: BERNARD SESÉ, «Amistades francesas de Antonio Machado», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, junio 1989, núm. 8, *Homenaje a Antonio Machado*, pp. 110-115.

El destino de Antonio Machado está irremisiblemente ligado a Francia, para lo bueno y para lo malo.

Salir de España tras la derrota de la República, iba a significar para él, según presentía, la muerte.

José Machado en su libro *Últimas soledades del poeta Antonio Machado*, observa que el paso (cito) «de esta cadena que marcaba la línea divisoria, entre España y Francia (...) fue también la divisoria entre la vida y la muerte». Y añade estas palabras extrañas: «Por algo toda su vida, con esa visión de largo alcance suya tuvo siempre una aversión casi inexplicable a la tierra francesa».²¹

Antonio Machado, poeta español, escritor español profundamente apegado a España, a su pueblo, a su destino, conoció en efecto un destino íntimamente ligado a Francia.

Para terminar, detengámonos en el polo positivo de esta ambivalencia que señalaba al principio, y que parece prolongarse más allá de la muerte con este exilio interminable que el poeta, ciertamente, nunca habría deseado.

Dejemos a un lado la literatura y la filosofía francesas. Por mucho que haya admirado a los escritores o a los pensadores de Francia, Antonio Machado no es en nada un escritor afrancesado. No comparte el «galicismo mental» que Juan Valera diagnosticaba en Rubén Darío. Dejemos a un lado también el paisaje de Francia que no despierta en él ninguna emoción.

En una carta a Unamuno, del 24 de septiembre de 1921, después de describir el desorden político concomitante a la guerra de Marruecos, Machado evoca un recuerdo infantil:

«Cuando yo era niño había una emoción republicana. Recuerdo haber llorado de entusiasmo en medio de un pueblo que cantaba *La Marsellesa* y vitoreaba a Salmerón. El pueblo hablaba de una idea republicana y esta idea era, por lo menos, una emoción, y muy noble a fe mía».

Las lágrimas de entusiasmo derramadas por Machado al oír *La Marsellesa*, himno nacional francés, revelan a mi juicio el punto más positivo de lo que le debe a Francia.

A pesar de su rechazo, a veces muy violento, de cierta Francia patrioter o reaccionaria, xenófoba o demasiado racionalista, a pesar de los vaivenes de sus admiraciones literarias o filosóficas, a pesar de su denuncia irónica de ciertos rasgos del carácter francés, Machado ha recibido de Francia, la herencia de la idea republicana y la «fe democrática» a las que, esta vez sin ambivalencia seguirá siempre fiel.

L'Affaire Dreyfus, símbolo de la lucha por este ideal será siempre para Antonio Machado una referencia primordial.

El 23 de noviembre de 1938, aludiendo a Émile Zola y a su famosa carta a M. Félix Faure, Président de la République, *J'accuse*, publicada en *l'Aurore*, el

21. JOSÉ MACHADO, *Últimas Soledades del poeta Antonio Machado*, 1975, pp. 155-156.

13 de enero de 1898, para denunciar ante la opinión pública los crímenes del Estado Mayor del Ejército contra el capitán Dreyfus, Antonio Machado escribía aún en *La Vanguardia*, tres meses antes de su muerte:

«De Francia, sobre todo, espero la voz inconfundible del acusador, voz de timbre francés, que es, como tantas veces lo ha sido, el timbre de lo universal humano». ²²

Dentro de las relaciones de Machado con Francia, ¿no resulta en cierto modo simbólico que este ideal republicano, venido de Francia, sea precisamente la razón de que Antonio Machado, escritor español, partidario inmovible de la República española, fuera a morir a tierra francesa y aún permanezca allí?

Antonio Machado y Francia... Digamos, para terminar: una relación de amor y odio, una relación apasionada, atormentada y trágica.

22. PC II, p. 2.490.